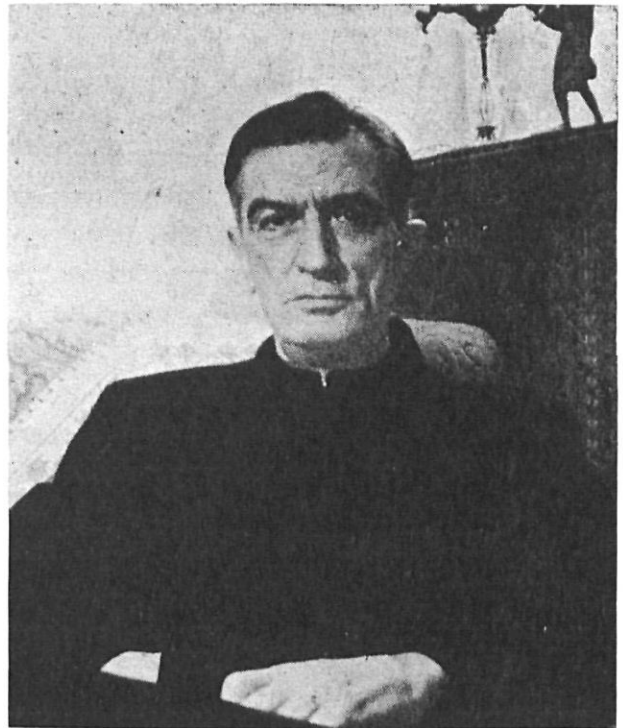


LOS QUE ENCONTRÉ EN EL CAMINO

Por CAMILO GEIS, *Pbro.*

Mosén LUIS G. PLA

Estas notas bio-bibliográficas quieren ser un póstumo homenaje a quien sacó mis primeros escauceos líricos de la “pudorosa clandestinidad” estudiantil. Un buen día del año, ya lejano, 1920, en la sección “Lletres Catalanes”, del “Diario de Gerona”, aparecieron dos poesías del que suscribe, precedidas de unas líneas de presentación, tituladas “Els poetes nous”, redactadas por Mosén Pla, suscritas con la simple inicial de su apellido, en las cuales se aventuraba a muy optimistas augurios. Yo era un joven seminarista —“joveníssim”, decían muy acertadamente las aludidas notas de presentación—; él era ya sacerdote y profesor en el Seminario-Colegio de Santa María del Collell. Algún amigo mío —muy íntimo, porque pocos conocían mis balbuceos poéticos— le habría dado a conocer dichas poesías. El, digámoslo sin embajes y sin falsas protestas de humildad, se había entusiasmado con ellas y las había publicado, con todos los honores, en el aludido periódico, del cual era entonces uno de los más asiduos y conspicuos colaboradores. Al impacto de la sorpresa— puesto que las había publicado sin previo conocimiento mío—, se sumó el halago del encomio —porque a nadie amarga un dulce, y menos en las mocedades—, y mi barca se dejó llevar por la corriente. Y nació en mi un afecto hacia Mosén Pla que nada ni nadie pudo arrancar jamás de lo más honrado de mi alma. Y, entre sacerdote y seminarista, se estableció una afectuosa relación epistolar. Ordenado yo sacerdote, pronto la geografía interpuso kilómetros entre ambos, pero la relación epistolar no quedó interrumpida por esto: intercambio de felicitaciones onomásticas y navideñas; intercambio de publicaciones acompañadas de sendos calurosos autógrafos; retazos de periódicos conteniendo recensiones literarias más de sus libros y suyas de los míos... Le agradecí en el alma el artículo ditirámbico con que saludó, desde las páginas del diario saba-



dellense “La Ciutat”, la aparición de mi primer libro de poesías “Balades i Cançons”, cuyo artículo quise inserir, muchos años más tarde, en el apéndice bibliográfico del primer volumen de mis obras completas. Después, la geografía ensanchó las distancias y acumuló millas y millas de agua a los kilómetros de tierra anteriormente interpuestos entre ambos. Vino la revolución de 1936, y nuestra relación epistolar quedó absolutamente interrumpida. Acababa la guerra civil, y, descubiertos nuestros recíprocos paraderos, volvió a renacer nuestra relación epistolar. Me llegaba, de vez en cuando, alguna postal, dando fe de vida, desde lejanas tierras... Un buen día de 1955 recibí su último libro —éste, en castellano—, titulado “Horas Serenas”, prologado por don Eduardo Aunós, fruto de su larga estancia en tierras sudamericanas.

El libro venía acompañado de una dedicatoria cuyo tono no desdice, en fervor afectivo, de las dedicatorias con que me había obsequiado en otros tiempos. Seis años más tarde, a la separación imponderable de la muerte, cuya noticia venía a caer un mediodía a mi sobremesa, como un proyectil, lanzada por Radio Nacional.

Mosén Luis G. Pla y Cargol nació en Gerona, el 8 de julio de 1892, y murió, en su misma ciudad natal, el 19 de octubre de 1961.

Alto, esvelto, enjuto, de personal simpatía comunicativa, dotado de un ingenio polifacético, paradójico, inquieto, muy dado a la aventura, se me antoja compararlo, más que el ciprés que se pliega en el capuchón del recogimiento, al xopo que se deja sacudir y agitar por el viento y se deja arrancar por él todo un hervidero de doradas hojas.

En 27 de enero de 1962, me escribía Mosén Pedro Ribot, hablando de la muerte de Mosén Pla: “Jo recordava d’ell unes afortunades Estampes d’Empordà”. Y añadía, aludiendo a su personalidad literaria: “Quedà a mig fer”. Con toda seguridad que no dió todo lo que teníamos derecho a esperar de él; todo lo que en un curso normal de su vida podía habernos dado. Mis sentimientos de amistad no me impiden de decirlo. Más aún: creo que con esta afirmación no hago más que ponderar las grandes posibilidades de su indiscutible personalidad. Lo que pasaba era que se trataba de un hombre tan dotado como dado a la improvisación brillante. Tal vez, por sobra de temperamento y sensibilidad y por falta de contención y vida sedentaria, se dejó llevar por el cultivo de una frívola facilidad. Y esto que no dudo que estaba en posesión de facultades con las que podía llegar a ponerse a la primera línea de nuestros escritores novecentistas. Pero también los avatares de la vida trabajaron en su espíritu muy en contra de este sino. Con todo, tengo que proclamar que su obra, desconocida de las promociones literarias de nuestra post-revolución, está clamando, voz en grito, contra el muro de silencio levantado al borde de su tumba. La anécdota le había devorado. ¿Pero, qué tiene que ver la perennidad de la obra con la fugacidad de la anécdota? Hasta la prensa onomásticamente confesional ha silenciado los méritos literarios de este brillante sacerdote escritor. Sólo en “Los Sitios”, de Gerona, apareció una pequeña nota necrológica, con carácter de simple gacetilla. “Radio Nacional” fue un poco más generosa.

Había nacido entre libros —como su hermano Joaquín, a quien tanto deben la historia y la cultura gerundenses y a quien Dios guarde muchos años entre nosotros— y en medio de libros había crecido y respirado.

Invito a las nuevas generaciones, especialmente las gerundenses, a sacar las obras de Mosén Pla de algún polvoriento rincón de biblioteca: seguro que habrán de convenir conmigo que era un escritor de raza.

Su lengua es viva, jugosa, espontánea; su estilo es de un barroco flexible; su léxico acusa un dialectalismo que podríamos llamar personal, y es que él se formó en una época balbuciente

en que Carner, el gran malabarista de nuestra lengua, era adorado de los jóvenes escritores, los cuales, imitándole, se sentían inclinados a elaborar, ellos también, su propio idioma.

A los 16 años, con Rafael Masó y Valentí, fundó la revista "Studi"; más tarde, contribuyó a la aparición de "Lectura"; muy joven, dió en el "Ateneo Barcelonés" una notable conferencia sobre Maragall, que después fue publicada. Vamos a enumerar los libros que de él conocemos: "Garba", selección de textos en verso y en prosa, para las escuelas; "Athenea", libro de poesías; "De tot vent" y "Estampes d'Empordà", libros lírico-narrativos; "Històries d'oncle Scrooge" y "El bruc sagrat", novelas cortas; y el anteriormente citado libro, en castellano, "Horas serenas", subtítulo "Breviario humano". Pero lo que él cultivó con preferencia, fue el artículo periodístico, tal vez por ser la forma literaria más adecuada a su temperamento inquieto. Pocos fueron los periódicos y revistas, hasta comarcales, de la época que no registraron la brillantez de su firma. Su estilo y su lenguaje eran tan personales, que, de haberlos publicado bajo el velo del anonimato, el lector menos sagaz habría podido identificar su paternidad. Registraron su firma, entre muchas otras publicaciones: "Ilustració Catalana", "Catalunya Social", "D'ací d'allà", "La Veu de Catalunya" y "El Matí", de Barcelona; "Diario de Gerona" y "El Gironés", de nuestra ciudad; "El Deber", de Olot... y tantos otros periódicos y revistas de las capitales catalanas y de sus comarcas.

Fue premiado en numerosos certámenes literarios, principalmente en los Juegos Florales de Gerona, en cuyo clásico palenque literario gerundense obtuvo la Flor Natural, en el año 1918. También encontramos su nombre registrado en el índice de autores premiados en los clásicos Juegos Florales de Barcelona.

"Lectura Popular", cuadernos antológicos de literatura catalana, dirigidos por Francesc Matheu, publicados en Barcelona, dió a conocer al gran público una selección de sus composiciones.

El "Diccionari Enciclopèdic de la Llengua Catalana" le dedica una extensa biografía.

Como que en los libros anteriormente citados encontramos títulos de libros en preparación, que no hemos podido comprobar si quedaron inéditos o no, es posible que hayamos silenciado alguno de cuya aparición no tengamos conocimiento.

Octavio Saltor, en una inolvidable conferencia "Els poetes de Girona", publicada íntegra, pero por entregas, en la prensa de la época, comentó la personalidad lírica de Mosén Luis G. Pla con el interés y comprensión que su obra merecía.

Doctor ANSELMO HERRANZ

Tuve tiempo de conocer, pero no de tratar, al que fue largos años Canónigo Magistral de la Catedral de Gerona, Doctor Anselmo Herranz Establés. Había nacido en Campillo de Dueñas (Guadalajara), el 21 de abril de 1864, y allí también murió el 6 de marzo de 1935. Estamos pues en vísperas del centenario de su natalicio.

Cuando, en mis estudios eclesiásticos en el Seminario de Gerona, yo habría podido frecuentar su aula, en calidad de alumno, él ya había renunciado a su cátedra.

Fue un notabilísimo orador, de los llamados entonces "de cartel". Joven seminarista, yo le había oído en diversas iglesias de la ciudad, ya que, durante muchos años, en toda clase de solemnidades, su presencia fue requerida en todos los púlpitos de la capital y fuera de ella. Su

oratoria tenía todas las gracias y todos los defectos de la oratoria castellana de la época (hinchada, retórica y ampulosa), pero dentro de este estilo, entonces corriente y estimado, estaba dotada de un sello personal inconfundible: era de un barroco nada vacío de fondo, todo lo contrario. Se había dado también a conocer como escritor, como articulista, pero, como en el caso de casi todos los escritores que están acostumbrados a escucharse ellos mismos en los púlpitos o en las tribunas, su literatura era oratoriana, construida —eso sí, muy bien construida— a base de ondulantes parrafadas. Véase, si no, la conferencia que leyó en una de las sesiones de la célebre “Semana Litúrgica” celebrada en Bañolas del 3 al 7 de julio de 1917, bajo la presidencia del Obispo de la Diócesis, Doctor Francisco de P. Mas y Oliver. El texto de la mencionada conferencia forma parte integrante de la CRONICA de las sesiones de dicha “Semana Litúrgica”. El tema era: “Liturgia del Corpus, especialmente de su Procesión, y breve comentario a sus Himnos”. Es una conferencia llena de doctrina y erudición, escrita en la aludida forma oratoriana, cerrada por un cálido ditirambo a la Procesión del Corpus en Gerona, con una fervorosa descripción de su salida por la tarde y de su apoteósica entrada al anochecer, bajando y subiendo por la monumental escalinata de nuestra Catedral. Esta altisonante página, sólo habría podido ser escrita por quien —procedente como era de otra región— se hubiera compenetrado con el espíritu de la Ciudad y profundamente enamorado de sus tradiciones.

Amaba a sus alumnos y les seguía con cariño los pasos hasta después de haber abandonado ya su aula. Mi afirmación no es nada gratuita. Cuando en San Feliu de Guixols se constituyó una Comisión para llevar a cabo un homenaje póstumo al poeta Mosén Juan M.^a Feixas, fallecido en aquella villa mientras ejercía el cargo de Vicario de la Parroquia, se creyó que el mejor homenaje era publicar sus poesías. Octavio Saltor y el que suscribe fuimos encargados por dicha Comisión de la revisión de los textos. Presentando el libro en ciernes a la Censura Eclesiástica, fue nombrado censor el Doctor Anselmo Herranz. El juicio del censor fue tan encomiástico, que decidimos publicarlo íntegro en una de las primeras páginas del libro. Dice: “Aceptada la honrosa comisión que antecede —hace referencia, naturalmente, al nombramiento de censor por parte del Prelado—, he examinado con detención, y no pequeño deleite, el libro de hermosísimas poesías catalanas de mi queridísimo y llorado discípulo, Rdo. D. Juan Feixas (q. s. b. g. h.), que desea publicarse con el título de “Eglogues i altres poemes”, y tengo el gusto de comunicarle que nada he encontrado en el dicho libro que sea contrario a la fe ni a la moral cristianas. Así lo hago constar a los efectos consiguientes”.

Era tenido por sacerdote muy virtuoso, rayano a la santidad. A raíz de su muerte, se publicaron unas estampitas con una oración (para rezo privado) para obtener —decía una nota marginal— “la glorificación del siervo de Dios”. Fueron publicadas en Madrid. El censor fue el Doctor Bueno Monreal, actualmente Cardenal, Arzobispo de la Sede Hispalense. Las palmas de tantos mártires de la persecución religiosa, levantada al cabo de poco más de un año de fallecido nuestro biografiado, hicieron olvidar fácilmente las flores de las virtudes de este sacerdote.